



FACTOTUM
EDICIONES

PA —
LA —
BRAS —
MA —
YO —
RES .

Cuentos rusos

Lev Tolstói
Fiódor Dostoievski
Leonid Andréiev
Nadiezhdá Teffi
Aleksandr Bogdánov
Marina Tsvietáieva
Andréi Platónov

FACTOTUM
EDICIONES

Trad. Alejandro Ariel González

PA —
LA —
BRAS —
MA —
YO —
RES .

Cuentos rusos / Lev Tolstói...[et al.]; Compilación de Alejandro Ariel González. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Factotum Ediciones, 2025.

120 p. ; 22 x 15 cm. - (Palabras Mayores)

Traducción de: Alejandro Ariel González.

ISBN 978-987-4198-65-5

1. Cuentos. 2. Narrativa Rusa. 3. Literatura Rusa. I. Tolstói, Lev II. González, Alejandro Ariel, comp. III. González, Alejandro Ariel, trad.

CDD 891.73

© Factotum Ediciones, 2025
Roseti 782 (1427)
Buenos Aires, Argentina
www.factotumediciones.com
info@factotumediciones.com

Antologación, traducción y prólogo: Alejandro Ariel González
Edición: Fátima Nieves García
Diseño de tapa: Natalia Brega
Corrección: Fernando Ozón

“El angelito”, de Leonid Andréiev, fue previamente publicado por la editorial LOM en *Relato sobre los siete ahorcados y otros cuentos* (Santiago de Chile, 2016)

ISBN 978-987-4198-65-5

Libro de edición argentina.
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Prólogo

La literatura rusa, si bien cronológicamente es joven en el concierto de las letras europeas, desplegó en apenas doscientos años una riqueza, una profundidad y una profusión casi sin parangón en la historia. En muy poco tiempo, los escritores rusos del siglo XIX asimilaron la literatura occidental y entablaron con ella un diálogo tenso y fecundo. Reformularon convenciones, adaptaron géneros, abrevaron en la propia tradición popular, discutieron con sus colegas europeos. De algún modo, la intelectualidad rusa de esa época se encontró en una situación similar a la de la intelectualidad latinoamericana del siglo XX, a saber: cómo posicionarse en el terreno del arte y de las ideas desde un lugar no central de la cultura mundial.

Los cambios que conoció Rusia entre mediados del siglo XIX y mediados del XX -abolición de la servidumbre, avance del régimen capitalista, efervescencia social

e ideológica, alzamientos estudiantiles, obreros y campesinos, agitación política, represiones, guerras, revolución de 1917, caída del zarismo, implementación del socialismo, invasión nazi- fueron tan vertiginosos, tan drásticos e inexorables que el arte apenas si podía seguirles el paso. Ese clima de ebullición fue, sin duda, un excelente acicate para la actividad creativa.

Los cuentos que conforman la presente antología abarcan precisamente ese período, desde “Tres muertes” de Lev Tolstói, escrito en 1859, hasta “Nikita” de Andréi Platónov, escrito en 1945. Si bien los temas que el lector encontrará en estas obras son universales –el misterio de la muerte y la angustia ante ella, la soledad, la desigualdad social, la esperanza religiosa, el absurdo y la artificialidad de las convenciones humanas, el afán de inmortalidad, el tedio existencial, la mirada infantil sobre el mundo, la relación con los padres–, su tratamiento reconoce modulaciones conforme avanza el tiempo. Por ejemplo, dos cuentos navideños –“El niño en la fiesta de Navidad de Cristo” (1876) de Fiódor Dostoievski y “El angelito” (1899) de Leonid Andréiev– son, diríase, especulares y antitéticos: lo paradisiaco en la percepción del niño que protagoniza el primer relato es sustituido por lo vulgar en la percepción del niño que protagoniza el segundo; a la promesa de una dicha eterna, cristiana, sigue la representación de una dicha efímera, inasible. La diferencia no es casual: hacia 1900,

Andréiev reflejó como pocos el hondo vacío que dejaba el paulatino eclipse del discurso religioso, el atronador silencio que se cernía sobre la humanidad cuando esta clamaba por un sentido para sus actos.

En el período que mencionamos emerge también la presencia femenina en las letras rusas. Si en el siglo XIX ruso fueron pocas las mujeres que tomaron la pluma, el siglo XX verá una explosión, y algunas de ellas llegaron a ser grandes voces de la literatura de su país, como Anna Ajmátova (1889-1966), Zinaída Guippius (1869-1945), Teffi (seudónimo de Nadiezhda Aleksándrovna Lóvjvitskaia, 1872-1952) y Marina Tsvietáieva (1892-1941). En estas páginas incluimos dos breves cuentos de las dos últimas, “Los dobles” (1911) y “El milagro de los caballos” (1934), respectivamente. El lector podrá apreciar, asimismo, el cambio en la lengua literaria: de la prosa lineal y más explícita decimonónica a la prosa entrecortada, más experimental y alusiva del siglo XX.

Los cuentos “Tres muertes” de Lev Tolstói y “La fiesta de la inmortalidad” (1914) de Aleksandr Bogdánov también ofrecen un contrapunto muy sugerente. De la resignación al ciclo vital, natural de la existencia, al sueño prometeico de una naturaleza dominada y una muerte cancelada. El propio Bogdánov, bolchevique de la primera hora, realizaba experimentos de transfusión sanguínea en búsqueda de la juventud eterna y murió a causa de ello. En apenas cincuenta años Rusia pasó de un extremo al otro.

En “Nikita” vemos la maestría con que un ya maduro Platónov representaba la mirada y las vivencias infantiles. La gravitación de la guerra en el día a día de un niño fantástico que debe cuidar de su humilde isba, con la madre trabajando en el campo y el padre en el frente de batalla. El retorno de la paz (el padre huele a pan, un detalle muy platonoviano) y la esperanza de la renovación a través del trabajo: el orden en la Rusia soviética es inmanente, no trascendente.

Alejandro Ariel González

FACTOTUM
EDICIONES

Tres muertes

Lev Tolstói

I

Era otoño. Por el camino principal viajaban dos coches a trote rápido. En el coche de adelante iban dos mujeres. Una era una señora flaca y pálida. La otra era una doncella gorda y de un rubor satinado. Unos cabellos cortos y resecos le salían por debajo de un sombrero desteñado, y su mano colorada, con un guante roto, los arreglaba abruptamente. Su pecho elevado, cubierto con una pañoleta, respiraba salud; sus ojos negros y rápidos ora miraban por la ventanilla los campos que quedaban atrás, ora examinaban con timidez a la señora, ora se dirigían inquietos a los rincones del coche. Delante de su nariz se balanceaba, suspendido de un soporte, el sombrero de la señora; en sus rodillas llevaba un cachorro; sus piernas

se elevaban sobre los cofrecitos que había en el suelo, y apenas se oían el traqueteo de las ballestas y el tintineo de los vidrios.

La señora, con las manos cruzadas en las rodillas y los ojos cerrados, se mecía suavemente sobre los almohadones que habían colocado a sus espaldas, y, con el ceño ligeramente fruncido, carraspeaba de vez en cuando para sus adentros. Llevaba en la cabeza una cofia blanca para dormir y, atada a su blando y pálido cuello, una pañoleta celeste. La raya al medio que se perdía debajo de la cofia dividía su cabello castaño y excesivamente engomado, y había algo seco y cadavérico en la blancura de la piel que dejaba ver esa ancha raya. Una tez flácida y algo amarillenta cubría precariamente sus finas y bellas facciones y enrojecía sobre sus pómulos y mejillas. Tenía los labios resecos e inquietos, sus ralas pestañas no se rizaban, y la bata de viaje le trazaba unos pliegues rectos sobre el pecho hundido. A pesar de que viajaba con los ojos cerrados, su rostro denotaba cansancio, irritación y un sufrimiento habitual.

El lacayo, acodado sobre su asiento, dormitaba en el pescante; el postillón del correo, gritando con viveza, metía prisa a los cuatro caballos que, cubiertos de sudor, tiraban del coche, y cada tanto miraba al otro postillón, que gritaba desde atrás en su carretela. Las huellas anchas y paralelas de las ruedas se extendían rápidas y

parejas sobre el calizo lodo del camino. El cielo estaba gris y frío; una bruma húmeda se derramaba sobre los campos y el camino. Dentro del coche, el aire era sofocante y olía a polvo y colonia. La enferma echó hacia atrás la cabeza y levantó lentamente los párpados. Sus grandes ojos eran brillantes y de un hermoso color oscuro.

-Otra vez -dijo apartando nerviosamente, con su bella y enjuta mano, la punta del saco de la doncella, que apenas le rozaba la pierna, y la boca se le crispó en un gesto de dolor. Matriosha se recogió el saco con las dos manos, se incorporó sobre sus vigorosas piernas y se sentó más lejos. Su lozano rostro se cubrió de un vivo rubor. Los hermosos ojos oscuros de la enferma seguían con avidez los movimientos de la doncella. La señora se apoyó con ambas manos en el asiento y también quiso incorporarse para sentarse un poco más arriba, pero las fuerzas le fallaron. La boca se le torció y toda la cara se le desfiguró en una expresión de rabiosa e impotente ironía-. ¡Si al menos me ayudarás!... ¡Oh, no hace falta! Puedo yo sola; pero no me pongas en la espalda esas bolsas que llevas, hazme el favor... ¡Es mejor que no me toques, ya que no te das maña! -La señora cerró los ojos, volvió a levantar rápido los párpados y miró a la doncella. Matriosha la miraba y se mordía el sonrojado labio inferior. Un pesado suspiro se escapó del pecho de la enferma, suspiro que se convirtió en tos. Se volvió de espaldas, frunció

el ceño y se tomó el pecho con ambas manos. Cuando la tos cesó, cerró otra vez los ojos y se quedó sentada sin moverse. El coche y la carretela entraron en una aldea. Matriosha sacó su rolliza mano de debajo de la pañoleta y se persignó.

-¿Eso qué es? -preguntó la enferma.

-Una posta, señora.

-Te pregunto por qué te persignas.

-Hay una iglesia, señora.

La enferma se volvió hacia la ventanilla y empezó a persignarse despacio, mirando con los ojos bien abiertos la gran iglesia de madera por delante de la que pasaban.

El coche y la carretela se detuvieron juntos ante la posta. De la carretela bajaron el marido de la enferma y un doctor y se acercaron al coche.

-¿Cómo se siente? -preguntó el doctor mientras le tomaba el pulso.

-¿Y, querida, cómo estás? ¿Cansada? -preguntó el marido en francés-. ¿No quieres bajar?

Matriosha recogió los hatillos y se arrinconó para no molestar a los que hablaban.

-Como siempre, nada nuevo -respondió la enferma-. No, no bajaré.

El marido se quedó un momento junto al coche y después entró en la posta. Matriosha bajó de un salto del vehículo y corrió de puntillas por el barro hacia el portón.

-Que yo me sienta mal no es razón para que ustedes no desayunen -dijo con ligera sonrisa la enferma al doctor, de pie junto a la ventanilla.

“A nadie le importa de mí -añadió para sus adentros cuando el doctor, después de alejarse con pasos lentos de ella, subió al trote los peldaños de la posta-. Ellos están bien, así que les da lo mismo. ¡Oh, Dios mío!”

-¿Qué me dice, Eduard Ivánovich? -dijo el marido, recibiendo al doctor con una sonrisa alegre y frotándose las manos-. He ordenado que traigan el cofre con los entremeses, ¿qué le parece?

-Está bien -respondió el doctor.

-¿Y, cómo está ella? -preguntó el marido con un suspiro, bajando la voz y arqueando las cejas.

-Ya se lo he dicho: ella no solo no puede llegar hasta Italia; agradezca a Dios si llega hasta Moscú. Sobre todo con este tiempo.

-Y, ¿ahora qué vamos a hacer? ¡Ay, Dios mío, Dios mío!

-El marido se tapó los ojos con la mano-. Ponlo aquí -dijo al hombre que había traído el cofre.

-Tenían que haberse quedado -respondió el doctor encogiéndose de hombros.

-Pero, dígame, ¿qué podía hacer? -repuso el marido-. Hice lo imposible para retenerla, le hablé de los costos, de que debíamos dejar a nuestros hijos, de mis asuntos, pero ella no quiere saber nada. Traza planes sobre la vida en el

extranjero como si estuviera sana. Y decirle en qué estado se encuentra equivaldría a matarla.

-Es que ella ya está muerta. Usted debe saberlo, Vasili Dmitrich. Una persona no puede vivir cuando no tiene pulmones; los pulmones no vuelven a crecer. Es triste, es duro, pero ¿qué se le va a hacer? Su tarea y la mía solo consiste en que su fin sea lo más liviano posible. Necesitamos un confesor.

-¡Ay, Dios mío! Comprenda mi situación si le menciono lo de su última voluntad. Que sea lo que tenga que ser, pero yo eso no se lo diré. Usted sabe lo buena que es...

-De todas formas, intente convencerla de que se quede hasta que llegue el invierno -dijo el doctor, meneando la cabeza con aire significativo-. De lo contrario, en el camino las cosas pueden ponerse peor...

-¡Aksiusha, Aksiusha! -gritó la hija del maestro de postas, echándose una chaqueta en la cabeza y pataleando en el porche trasero, cubierto de barro-. Vamos a ver a la señora de Shirkino; dicen que la llevan al extranjero por una enfermedad pulmonar. Nunca he visto a una tísica.

Aksiusha apareció de un salto en el umbral y las dos, tomadas de la mano, salieron corriendo por el portón. Redujeron el paso, pasaron por delante del coche y miraron por la ventanilla baja. La enferma volvió hacia ellas la cabeza, pero, al notar su curiosidad, frunció el ceño y miró para el otro lado.

-¡Madre mía! -dijo la hija del maestro de postas, apartando rápido la cabeza-. Era un prodigio de belleza, y ¿en qué se ha convertido ahora? Da miedo incluso. ¿La has visto, la has visto, Aksiusha?

-¡Sí, qué flaca está! -hizo coro Aksiusha-. Vamos a verla de nuevo; fingiremos que vamos al pozo. ¿Ves?, ha girado la cabeza para el otro lado, pero la he visto mejor. Qué lástima, Masha.

-¡Cuánto barro que hay! -respondió Masha, y las dos volvieron corriendo por el portón.

“Por lo visto, me he vuelto un espanto -pensó la enferma-. ¡Cuanto antes, cuanto antes al extranjero! Allí me repondré pronto”.

-¿Y? ¿Cómo estás, querida? -dijo el marido, acercándose al coche y masticando un bocado.

“Siempre pregunta lo mismo -pensó la enferma-. ¡Pero él come sin problemas!”.

-Bien -dejó escapar entre dientes.

-¿Sabes qué, querida? Temo que con este tiempo te pongas peor en el camino, y Eduard Ivánich piensa lo mismo. ¿No sería mejor que regresáramos?

Ella guardó un rabioso silencio.

-El tiempo se compondrá, el camino a lo mejor se asienta y eso te haría bien; entonces viajaríamos todos juntos.

-Discúlpame. Si hubiera dejado de escucharte antes, ahora estaría en Berlín y completamente sana.

-¿Qué le vas a hacer, mi ángel? Era imposible, tú lo sabes. Ahora, en cambio, si te quedaras un mes, te restablecerías por completo. Yo acabaría mis asuntos y podríamos llevar a los niños...

-Los niños están sanos; yo, no.

-Pero entiende, querida, que si con este tiempo te pones peor en el camino... Mientras que en casa, al menos...

-¿Qué, qué en casa?... ¿Morir en casa? -respondió arrebatada la enferma. Pero la palabra morir, al parecer, la asustó, y miró al marido con aire suplicante e inquisitivo. Él agachó la vista y calló. La boca de la enferma, de pronto, se torció como la de un niño y las lágrimas manaron de sus ojos. El marido se tapó la cara con un pañuelo y, en silencio, se apartó del coche.

-No, yo viajaré -dijo la mujer. Levantó la mirada al cielo, cruzó las manos y empezó a susurrar unas palabras incoherentes-. ¡Dios mío! ¿Por qué? -decía, y las lágrimas le corrían aún con más fuerza. Rezó larga y fervorosamente, pero en su pecho seguían el mismo dolor y la misma opresión, y el cielo y los campos y el camino seguían igual de grises y sombríos, y la misma bruma otoñal, ni más ni menos densa, seguía derramándose sobre el lodo del camino, sobre los tejados, sobre el coche y sobre las zamarras de los postillones, que, intercambiando voces alegres y vigorosas, engrasaban y enganchaban el coche...

II

El coche estaba listo, pero el postillón se demoraba. Entró en la isba de la posta. Ahí el aire era sofocante, hacía calor, estaba oscuro y pesado, olía a vivienda, a pan cocido, a col y a piel de cordero. En la estancia había varios postillones; la cocinera se ajetreaba junto a la estufa, sobre la cual, echado en unas pieles de cordero, yacía un hombre enfermo.

-¡Tío Jviódor, eh, tío Jviódor! -dijo a este un joven postillón con zamarra y un látigo en el cinto al entrar en la habitación.

-¿Por qué fastidias a Fiedka, cabeza de chorlito? -respondió uno de los postillones-. ¿No ves que te esperan en el coche?

-Quiero pedirle las botas. Las mías están gastadas -respondió el muchacho, sacudiendo el cabello y metiendo las manoplas bajo el cinturón-. ¿Está durmiendo? ¡Eh, tío Jviódor! -repitió, acercándose a la estufa.

-¿Qué? -se oyó una voz débil, y un rostro flaco y pelirrojo se inclinó desde la estufa. Una mano ancha, demacrada y pálida, cubierta de vello, tiraba del abrigo de sayal sobre un hombro filoso envuelto solo en una camisa sucia-. Déjame dormir, hermano. ¿Qué quieres?

El muchacho le tendió un cucharón con agua.

-Pues mira, Fedia -dijo cambiando el pie de apoyo-, tú, por lo visto, no necesitarás botas nuevas ahora; dámelas a mí, que tú seguramente no volverás a caminar.

El enfermo dejó caer la cansada cabeza sobre el brillante cucharón y, mojando su bigote ralo y flácido en la oscura agua, bebió con debilidad y avidez. Su barba enmarañada estaba sucia; sus ojos hundidos y apagados se levantaron con dificultad hacia el rostro del joven. Cuando se desprendió del agua, quiso levantar una mano para secarse los labios mojados, pero no pudo y se secó en la manga del abrigo. En silencio y respirando pesadamente por la nariz, miraba fijo a los ojos al muchacho mientras reunía sus fuerzas.

-Quizá ya se las prometiste a alguien gratis -dijo el joven-. Lo que pasa es que afuera está lloviendo y tengo que ir a trabajar, entonces pensé: "Le pediré las botas a Fedia, que a él seguramente no le hacen falta". Puede que tú mismo las necesites; en ese caso, dímelo...

Algo vibró y gorgoteó en el pecho del enfermo, que se retorció y empezó a ahogarse de la tos.

-¡Qué falta le van a hacer! -gritó de pronto la cocinera con voz enojada-. Hace más de un mes que no baja de la estufa. Ya ves cómo se desgarran por dentro. Hasta a mí me duelen las entrañas de solo oírlo. ¿Para qué va a necesitar las botas? No lo van a enterrar con botas nuevas. Y hace rato ya que es hora, Dios me perdone. Ya ves cómo se desgarran. ¡Deberían haberlo llevado a otra isba o a alguna otra

parte! Dicen que hay hospitales en la ciudad. Pero no, ha ocupado todo el rincón y listo. No hay lugar para moverse. Y encima me piden que limpie.

-¡Ey, Serioiga! ¡Sube al coche! Los señores te están esperando -gritó por la puerta el jefe de correo.

Serioiga atinó a marcharse sin esperar la respuesta, pero el enfermo con los ojos, durante el acceso de tos, le dio a entender que quería responder.

-Llévate las botas, Serioiga -dijo luego de sofocar la tos y de descansar un momento-. Pero escucha: cómprame una lápida cuando muera -añadió con voz ronca.

-Gracias, tío, me las llevaré. Y la lápida te juro que la compraré.

-Pues bien, muchachos, lo han oído -alcanzó aún a decir el enfermo antes de volver a retorcerse y ahogarse.

-Bueno, sí, lo hemos oído -dijo uno de los postillones-. Ve al coche, Serioiga, que si no volverá el jefe. Ya ves que la señora de Shírkino está enferma.

Serioiga se quitó aprisa las botas rotas, desproporcionadamente grandes, y las tiró bajo el banco. Las nuevas botas del tío Fedia le iban perfecto. Las contempló un momento y se encaminó al coche.

-¡Vaya, qué botas de fuste! Ven que te las engraso -dijo un postillón con la untura en la mano, mientras Serioiga, subiendo al pescante, tomaba las riendas-. ¿Te las ha regalado?

-Será la envidia -respondió Seriaga, incorporándose y acomodándose los faldones del abrigo junto a los pies-. ¡Vamos! ¡Ea, queridos! -gritó a los caballos, blandiendo el látigo. El coche y la carretela, con sus viajeros, maletas y baqueanos, comenzaron a rodar velozmente por el camino mojado y desaparecieron en la niebla gris del otoño.

El postillón enfermo se quedó en la sofocante isba, encima de la estufa, y, sin dejar de toser, se volvió a duras penas del otro lado y guardó silencio.

En la isba entraron, salieron y comieron hasta el anochecer, y al enfermo no se lo oía. Antes de acostarse, la cocinera se encaramó a la estufa y recogió su zamarra por encima de las piernas de él.

-No te enojas conmigo, Nastasia -dijo el enfermo-. Pronto dejaré vacío tu rincón.

-Bueno, bueno, no importa -farfulló Nastasia-. ¿Qué es lo que te duele, tío? Dime.

-Mis entrañas no dan más. Vaya a saber qué es.

-¿La garganta no te duele cuando toses?

-Me duele todo. Mi muerte ha llegado, eso es. ¡Ay, ay, ay! -gimió el enfermo.

-Tápate las piernas así -dijo Nastasia, tirando sobre él el abrigo y bajando de la estufa al mismo tiempo.

De noche, en la isba, quedó prendida una débil lamparilla. Nastasia y unos diez postillones dormían con sonoros

ronquidos en el suelo y en los bancos. Solo el enfermo gemía débilmente, tosía y daba vueltas sobre la estufa. Hacia el amanecer guardó un completo silencio.

-Qué sueño extraño he tenido -dijo la cocinera, des-
perezándose en la penumbra a la mañana siguiente-. Vi
que el tío Jviódor bajaba de la estufa y se iba a cortar leña.
Déjame que te eche una mano, Nastia, me decía. Yo le
decía: “¿Adónde vas a ir tú a cortar leña?”, pero él agarraba
un hacha y empezaba a cortarla a todo lo que da; las astillas
saltaban para todos lados. Pero tú estabas enfermo, le decía
yo. No, me respondía él, estoy sano, y blandía el hacha con
tanta fuerza que me daba miedo. En cuanto grité, me des-
perté. ¿Se habrá muerto? ¡Tío Jviódor! ¡Eh, tío!

Fiódor no respondía.

-¿Estará muerto? Ve a mirar -dijo uno de los postillo-
nes que acababa de despertarse.

La mano demacrada que colgaba de la estufa, cubierta
de vello pelirrojo, estaba fría y pálida.

-Ve a decirle al jefe que, por lo visto, está muerto -dijo
el postillón.

Fiódor no tenía parientes; había venido de una aldea
lejana. Al día siguiente lo enterraron en el nuevo cemen-
terio, detrás de un bosque, y Nastasia pasó varios días con-
tando a quien pasara el sueño que había tenido y que ella
había sido la primera en notar la ausencia del tío Fiódor.

III

Llegó la primavera. Por las calles mojadas de la ciudad, entre bloques de estiércol congelado, murmuraban unos rápidos hilos de agua; los colores de la ropa y el sonido de la conversación de los transeúntes eran vistosos. En los pequeños jardines detrás de las cercas se hinchaban los brotes de los árboles, y sus ramas casi se oían al ser balanceadas por el viento fresco. En todas partes caían y se derramaban gotas transparentes... Los gorriones piaban y revoloteaban caóticamente sobre sus pequeñas alas. Del lado del sol, sobre las cercas, las casas y los árboles, todo se movía y centelleaba. La alegría y la juventud se sentían en el cielo, en la tierra y en los corazones.

En una de las calles principales, delante de una gran casa señorial, había extendida paja fresca; en la casa estaba aquella misma moribunda que pugnaba por viajar al extranjero.

Junto a las puertas cerradas de la habitación se hallaban el marido y una anciana. En un sofá estaba sentado un sacerdote, con la vista agachada y algo envuelto en la estola. En un rincón, en un sillón de respaldo alto, estaba echada una ancianita -la madre de la enferma- que lloraba amargamente. A su lado, una doncella sostenía un pañuelo limpio a la espera de que la ancianita se lo pidiera;